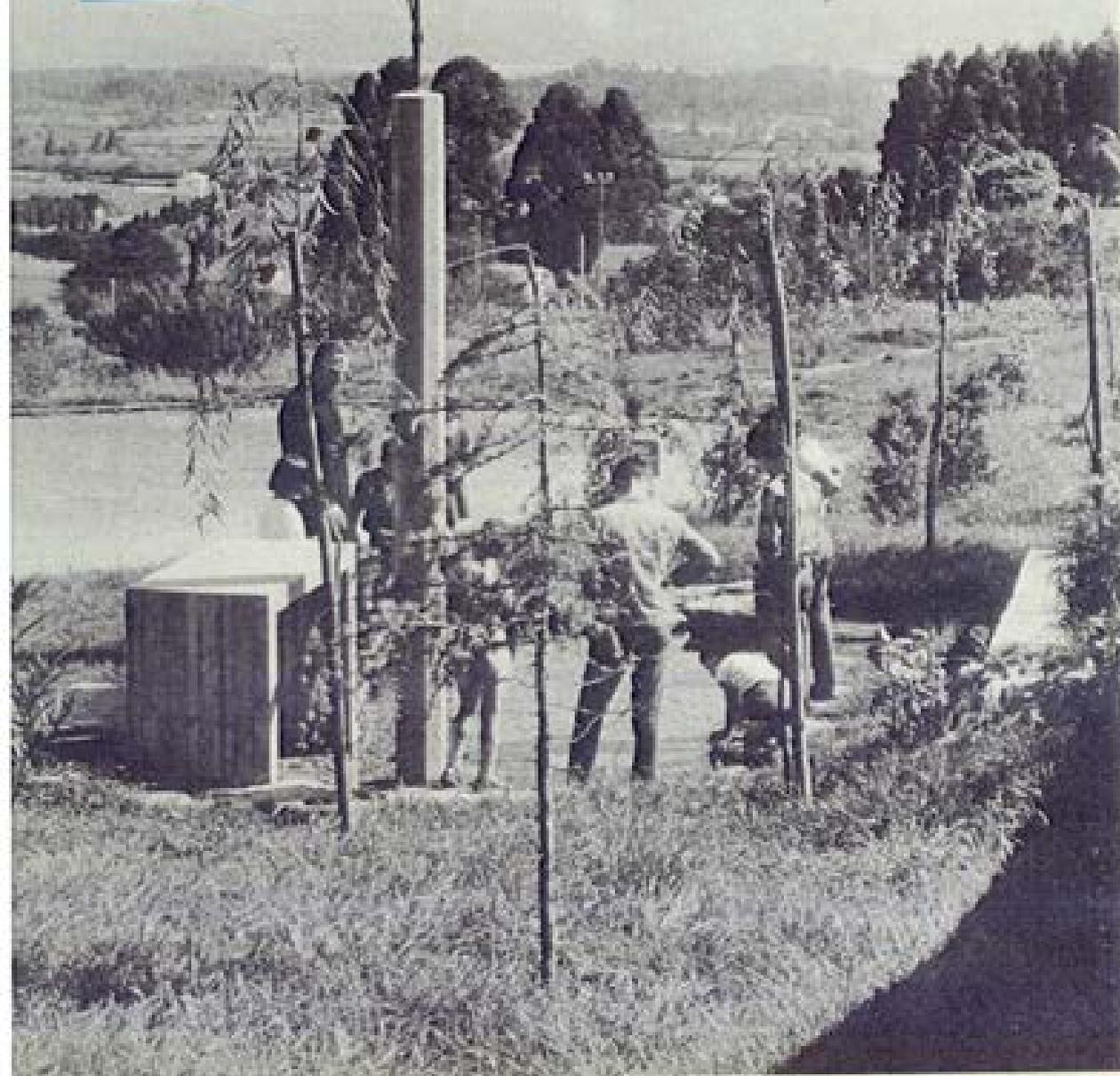


# AMBIENTE RELIGIOSO



**L**

A toma de conciencia, cada vez más viva, del lugar que ocupa la familia en el mundo de hoy y la importancia del medio ambiente en la educación del niño y del adolescente, ha tenido unas consecuencias pedagógicas decisivas en lo que respecta a inculcar en los jóvenes la idea de «Pueblo de Dios». Po-

dríamos hablar, incluso de una nueva «encarnación de Dios» a través de la experiencia de las relaciones humanas.

Hoy ya no es suficiente que los educadores se limiten a una enseñanza doctrinal, dogmática, sino que ésta debe estar enraizada en un sentido social, en el propósito de despertar en los jóvenes la idea de solidaridad, de «darse» a los demás; en proyectar su interés hacia el mundo que les rodea.

Podría existir cierta ilusión en querer estimular el sentido misional hacia «los que están lejos», olvidando que hay que comenzar por la apertura hacia los que están próximos a nosotros, con todo lo que constituye nuestro ambiente, nuestro pequeño mundo.

Durante la primera infancia, debemos despertar en el niño el encuentro personal con Dios a partir de la belleza y de la grandeza de la creación, de las

realidades de su mundo familiar: la protección, el amor, la seguridad que en él encuentra el niño.

Un poco más tarde, los chicos se interesan por todo lo que les rodea, están centrados sobre el mundo que descubren: es la edad de las actividades del mundo exterior. Este es el momento de iniciar al niño en catequesis bíblica, pero no de una manera anecdótica y externa, sino como pauta de la histo-



ria religiosa del Pueblo de Dios, del desarrollo del plan de Dios sobre los hombres.

En vez de esforzarnos en explicarle, por ejemplo, lo que es el Espíritu Santo, debemos mostrarle lo que hace este Espíritu en la Iglesia, lo que ha hecho desde sus orígenes; cómo, hoy mismo, este Espíritu da fuerza y valor a los cristianos para vivir su fe en todos los ambientes. Enseñémosle la moral como una moral de caridad, despertando su sentido de solidaridad, de apertura hacia los demás.

En esta edad de transición entre la infancia y la adolescencia, se observa en el niño un deseo de ruptura con el mundo de la infancia. Podríamos definir este estado psicológico con una palabra: «crecer». Nos apoyaremos, pues, en él para despertar su deseo de crecer en todos los terrenos: no sólo físicamente, no sólo intelectualmente, sino crecer, también, en la vida de la fe. Debemos presentarle la Iglesia como un ser que crece. Es a esta edad cuando adquieren todo su valor las parábolas del Reinado, que muestran la Iglesia en actitud creciente y social.

En la época de la adolescencia se produce un retorno a los

intereses subjetivos, al egocentrismo: lo que le interesa el joven es su «yo», su vida espiritual personal. Trataremos de demostrarle, por tanto, que la personalidad se desarrolla y afirma, no replegándose sobre sí mismo, sino poniendo sus energías al servicio de una causa elevada.

Debemos orientar, pues, su interés hacia el porvenir del mundo y de la Iglesia, es decir, del Pueblo de Dios. Eduquemos su sentido de servicio presentando a los cristianos no a manera de gentes que van por el mundo como por un terreno conquistado, en plan «triumfalista», sino animados por el espíritu humilde de servicio a los demás.

Le haremos ver la necesidad de diálogo con el mundo no cristiano. Con demasiada frecuencia, formamos el sentido religioso de los jóvenes «en circuito cerrado», como si nos dirigiésemos a unos cristianos destinados a vivir entre ellos toda su vida. Esta es la negación misma del sentido católico y misionero.

Debemos inculcarle la idea de que la Iglesia no está «frente al mundo», sino que está «en el mundo» del cual forma parte;

que ella vive con él, sufre con él. En cierto sentido, naturalmente, no es de este mundo, pero camina con él, unida a él. Porque es, justamente, en la medida en que nos alejamos del mundo como éste se aleja de nosotros y, por consiguiente, de Cristo, del que debemos esforzarnos en dar testimonio.

El adolescente deberá aprender a tomar conciencia de los problemas humanos, de las preocupaciones del mundo actual: el hambre, la guerra, el peligro atómico, la injusticia social, etc. Debemos educar también su capacidad de admiración y de entusiasmo por las conquistas técnicas, por las aspiraciones hacia la paz y la unidad.

La Iglesia tiene necesidad de la historia, de los acontecimientos y del mundo para llegar a ser lo que, en potencia, ya es. Su misión es extender el Reino de Dios, y de ahí el fundamento de una enseñanza religiosa que propugna el diálogo con el mundo. Inculquemos en el joven una «visión dinámica» de la Iglesia; que llegue a comprender que ella es misión, que es «pueblo en marcha», siempre joven y actual. Con ello, su sentido social adquirirá una nueva dimensión más trascendente y sobrenatural.